

LOS GEMELOS DE NÚMENOR

Iván Rovetta

No todas las historias que sellaron el destino de Arda fueron protagonizadas por señores de nobles linajes. En ocasiones son criaturas anónimas, que crecen en silencio pero firmes como árboles en un bosque inexplorado, quienes intervienen sin que el mundo se percate de su existencia.

Zirân y Dâira nacieron en Eldalondë, el puerto de los elfos, aunque hacía ya varios reyes que no se veían naves de los Eldar. Llegaron al mundo idénticos salvo por el sexo y ambos en la infancia mostraron el mismo carácter, de forma que solo las ropas y las trenzas de ella ayudaban a distinguirlos. Criados con las largas ausencias del padre, como todos los hijos de marinos, correteaban como criaturas salvajes y curiosas entre los muros de piedra y las casas coloridas de los pescadores, buscando cangrejos entre las rocas y riendo cuando una gaviota les robaba las obleas del almuerzo.

Pero fue que, pese a la cercanía del mar y a los juegos en la costa, pronto se vio que Zirân no estaba hecho para la navegación, pues en las primeras incursiones en barcas de pesca, con vecinos de la familia, se mareaba con facilidad y vomitaba por la borda ante la risa de los muchachos mayores, y temía profundamente alejarse de la tierra firme. La madre observaba esta debilidad con preocupación y trataba de ocultarla a ojos de su esposo, pues éste era severo y tenía grandes esperanzas en su hijo varón como digno Navegante, Dâira, sin embargo, miraba al mar y al oeste con profundo anhelo.

El padre volvía de vez en cuando en barcos majestuosos cargados de tributos cobrados en los puertos de Umbar. No era capitán ni ostentaba poder más allá del que da ser númenóreano en la Tierra Media, pero sentía un profundo orgullo de su profesión, de la flota a la que pertenecía y de su linaje. En las pocas noches que pasaba en casa, junto al fuego del hogar, contaba a sus hijos las viejas historias de Tar-Aldarion y del Gremio de Aventureros al cual, según decía, perteneció un antepasado de la familia. Los dos hermanos imaginaban aquellos barcos monumentales y soñaban con lejanas costas rebosantes de aventura y tesoros por descubrir, de pueblos que rescatar del Mal.

Cuando cumplieron los catorce años llegó el día esperado.

-Zirân, en el próximo viaje acompañarás a tu padre -dijo el hombre a su hijo.

Y Dâira, al enterarse, no habló. Se sentó en un peñón alto, mirando la mar y la carga de los navíos, y el rencor inicial contra su hermano se convirtió en tristeza, primero, y en determinación, después.

Zirân, por su parte, estaba tan nervioso que la tripa se le soltó toda la semana, a tal punto que los vecinos pensaron que había comido algo en mal estado o que había algún brote en el agua. Pero la madre sabía la causa verdadera y trató de consolarlo.

-Esas naves no son como las barcas de pescadores. Apenas notarás que navegas y después de unos días en alta mar perderás el miedo. Pero, hasta entonces, que tu padre no te note flaquear.

Así el muchacho trataba, torpemente, de mostrarse fuerte y animado.

El día de la partida Dâira no amaneció en casa. El padre la buscó por los alrededores, pues aunque formaba a Zirân como sucesor, según la costumbre, era por la muchacha por la que sentía verdadera ternura en su corazón, y le dolía no poder despedirse.

Resignado, dejó el umbral de su hogar y se dirigió al puerto con Zirân, quien cargaba un bolso con algunas mudas y prendas. Al acercarse al barco vieron una multitud que reía y miraba curiosa. Una muchacha, vestida con ropa de varón, esperaba en la pasarela con los brazos cruzados. Era Dâira que, al verlos llegar, habló así con toda la energía de sus pulmones;

-¡Padre! Tengo la misma edad que mi hermano y la misma educación que él. Durante años escuché las historias de Aldarion y los grandes Navegantes de este país, y soñé con ellos. ¡Vais a negarme, ahora, las aventuras y la gloria de la que tanto me hablasteis?

Padre se detuvo en el muelle, sorprendido, y Zirân se asustó esperando la reprimenda contra su hermana. Fue alegría, sin embargo, lo que aconteció.

-¡Déjala venir! -gritaban los marinos-. ¡Es digna hija tuya!

Y él, sonriendo, pasó los brazos sobre los hombros de los dos gemelos y subieron juntos la pasarela.

Aunque iban a la Tierra Media, durante las primeras horas navegaron hacia el oeste; un tiempo de viaje que no les importaba perder, pues era una cuestión de principio. Llegados a un punto se detuvieron y los dos hermanos fueron convocados por su padre en la cubierta.

-¿Sabéis lo que hay en ese horizonte? -preguntó.

-Valinor.

Él asintió con la cabeza.

-Así es. Las Tierras Imperecederas. ¡Escuchadme! Largos años vivimos en Númenor, sin duda más que los infelices que conoceréis en este viaje. Pero aún así, un día yo moriré, vuestra madre morirá, y entonces poco importará haber vivido setenta años o doscientos, pues idéntico será el dolor. Así que no olvidéis nunca que ahí, en el Oeste, tienen el don de la Inmortalidad que a nosotros, por capricho, se nos ha negado. Y con soberbia nos miran y se ríen de nuestra suerte.

Y en un silencio solemne y cargado de rencor, las naves viraron y se dirigieron de nuevo al este. Pues, aunque orgullosos, los númenóreanos no se atrevían a violar todavía la prohibición de Ilúvatar,

Durante el viaje Dâira se mostró feliz. Correteaba por la cubierta y exploraba el barco, las bodegas con toneles de agua dulce y carne salada, judías, gallinas que correteaban por las cocinas para tener huevos frescos. Las salas vacías para traer mercancías, las grandes velas que se desplegaban y se inflaban con el viento. Aprendía nudos, observaba las rutas de las estrellas y la tripulación disfrutaba de su energía y su vocación.

Pero padre miraba con vergüenza el aspecto lánguido y enfermizo de Zirân. Para el joven la travesía era una agonía. No superaba las náuseas y por mucho que intentara aguantar a veces no lo conseguía y vomitaba sin tiempo para llegar a la borda. Por las noches, en las hamacas colgadas de vigas, entre ronquidos y un olor espeso, padecía insomnio imaginando las profundidades, los oscuros abismos que se abrían bajo ellos. Si brevemente cerraba los ojos, se imaginaba siendo devorado por las aguas, sin nada que pudiera acudir en su socorro.

Sintió un alivio que solo expresó a su hermana cuando avistaron tierra y los barcos llegaron al puerto de Umbar. Allí aconteció la segunda decepción de Zirân en el viaje, pues los númenóreanos no eran ya los aventureros proveedores de técnica y prosperidad que antaño ayudaron a los pueblos de la Tierra Media, sino violentos emisarios de la dominación y el cobro de tributos. Y al pisar ese extraño continente, innumerablemente más grande que la isla que para él era todo su mundo, vio los ojos temerosos de las gentes. Hombres y mujeres como ellos, de su misma especie, pero con vidas que duraban un suspiro. Y ellos, a la par que disfrutaban de la longevidad, venían a arrebatar y someter a esas pobres criaturas.

Aún así seis días permanecieron en la Tierra Media, y en esa semana el ánimo de Zirân mejoró notablemente. Dâira seguía las enseñanzas de su padre y los veteranos. Aprendió de especias, cuentas, barriles de cerveza, frutas del sur consideradas alto lujo en Númenor o diamantes extraídos por los martillos enanos en profundas galerías horadadas en las montañas. Era poco más que una niña, pero asomaba en ella el carácter orgulloso y disciplinado de su padre.

Zirân escuchaba sin interés los asuntos mercantiles. Sin embargo, aprendió de lo que se hablaba en las tabernas. De las estepas y los pueblos del caballo, de bestias gigantescas de largos hocicos y colmillos al sur. Incluso de dragones que aún existían (él pensaba que eran solo viejos mitos de la Primera Edad). Y se maravilló por vez primera con el milagro de la inmensa creación de Eru. Y comprendió lo misteriosa que era la vida eterna, al oír noticias recientes de Gil Galad o de Círdan el Constructor de Barcos, nombres antiguos que aún vivían. También escuchó de los elfos

poco más al norte, en un país llamado Lothlórien, que nunca volvieron a Valinor. Y tembló sobre todo cuando vio los mapas que le enseñó un marinero con las montañas de Ered Luin y las costas donde un día estuvo Beleriand. Pues si le daba pánico la profundidad del mar, nada podía resultarle más terrible que el hundimiento de la tierra firme, único refugio de las certezas del mundo.

Esta diferencia evidente de carácter y de intereses no pasó desapercibida para el padre, que veía con decepción y una furia latente las nulas capacidades de su hijo varón para continuar la gloria del linaje en las flotas de Navegantes.

Así llegó el último día. Los dos gemelos contemplaban por última vez el inmenso puerto de Umbar, en una tierra extraña y árida, con las bodegas de los barcos repletas. Esa estampa final del viaje quedó rota por unos gritos que llegaban del muelle. Un marino, amigo cercano de Padre y siempre de carácter afable y cuidador con los dos muchachos, increpaba a un hombre delgado, visiblemente anciano en las cortas vidas de esas gentes. Le reclamaba que las cuentas de los tributos estaban mal hechas. Lo acusaba de falsearlas. El viejo imploraba, temblando, y el númenóreano sacó un látigo que siempre llevaba colgado del cinto. A ojos de todos los presentes, azotó al viejo, que se arrastraba por el suelo llorando, y el resto de marinos y soldados empuñaron sus armas para disuadir a la muchedumbre de intervenir. Cuando se cansó del castigo, el flagelante gritó con voz grave:

-¡He sido piadoso por ser un viejo miserable! ¡Recordad el precio por tratar de engañar a los Dúnedain!

Con esta violenta imagen en la retina, y el gesto de aprobación de Padre, que contemplaba la escena desde la cubierta, los gemelos emprendieron el regreso a casa.

El nuevo viaje no fue más amable para Zirân. Padre confiaba en que el segundo trayecto encontrara a su hijo más acostumbrado, más entero. Pero abandonar la costa tuvo el mismo efecto en el joven que a la ida. Mareos, náuseas y pánico cada vez mayor a los abismos marinos. Su padre y la tripulación fueron severos, quizás esperando curtir el débil espíritu del muchacho. Le asignaron tareas cada vez más duras y se veía obligado a subir por los mástiles a manipular las velas escarlatas y los nudos con vértigo, expuesto a caer en cualquier momento. Pero no fue en esas labores cuando cayó. Un día frío, pero de sol brillante, se asomó a la cubierta llamado por Dâira. Junto al casco se veían moverse enormes animales de aletas grisáceas. Eran ballenas, y la visión que entusiasmaba a la muchacha causó un shock en su hermano, que imaginó la enormidad de las criaturas que vivían bajo sus pies y, para sorpresa de todos, perdió el conocimiento y se desplomó por la borda.

Zirân, criado en la costa, sabía perfectamente que el agua no amortigua una caída, pero aún así se sorprendió del dolor que lo despertó de su breve desmayo. Sintió el agua helada y vio la oscuridad, esa irreal frontera entre la luz que lucha por abrirse paso desde la superficie y un pozo

negro y denso de criaturas imposibles y viejos reinos sumergidos. Entró en pánico, tragó agua y luchó por salir a flote rápidamente cuando sintió un movimiento, algo vivo que se sumergía con él y lo arrastraba... Era Dâira, que no había dudado en lanzarse al mar en rescate de su hermano.

Subieron por una escalerilla de cuerda que soltaron desde el barco, y para mayor vergüenza del joven, agarró una neumonía que lo dejó inútil y febril hasta la llegada a casa. Padre no le dirigió la palabra ni una vez en el resto del viaje.

En un mismo día se dieron dos acontecimientos que condicionaron para siempre la vida de los gemelos.

El primero fue una noticia de las que cambian el curso de la Historia, éas que en un principio parecen no afectar al día a día de un individuo de a pie, pero que conducen de manera inexorable a la catástrofe colectiva.

-Pharazôn ha desposado a Míriel, hija del difunto rey.

Así, rompiendo todas las leyes ancestrales al casarse con su prima, la orgullosa figura de Pharazôn se hacía con el cetro de Númenor. Pero no fue una noticia del todo mal recibida, pues muchos simpatizaban con el carácter y la ambición del futuro rey, y confiaban en que devolvería a los Dúnedain a una gloria que consideraban que les había sido arrebatada.

El segundo suceso, ese sí, pertenecía al ámbito de lo estrictamente cotidiano, de las grandes tragedias invisibles que en extrañas ocasiones afectan también a los grandes mitos.

Esa noche, víspera de un nuevo viaje, Padre reunió a su familia y habló así:

-Hay misterios de la vida difíciles de comprender, pero es evidente que Dâira tiene el temple del hijo varón que siempre anhelé. Dicen los muchachos que tal vez las almas se confundieron de cuerpo al compartir ambos el mismo vientre. Si alguien tiene la respuesta, lo ignoro.

Entonces miró a su hijo.

-Eres una vergüenza para el linaje. Maldigo el momento en que te llamé El Querido, ignorando la humillación que me tenías preparada. Tienes el carácter de una mujer, pero no podrás casarte con un hombre que te mantenga, si acaso es ésa tu aspiración. Sea como sea, no vivirás de mi esfuerzo. Vete de esta casa y no vuelvas, salvo que vayas a comportarte como corresponde.

Atónito, Zirân no respondió. Miró a su alrededor y vio el silencio de su madre, la mirada gacha de Dâira, que dudaba entre la unión a su hermano y ese repentino favor de su padre. Sin terminar la cena, preguntó.

-¿Podré, al menos, pasar aquí esta noche?

-Será la última.

A la mañana siguiente Dâira no estaba, incapaz de despedirse, avergonzada por su silencio de la noche anterior a la vez que orgullosa de su nuevo estatus. Solo Madre se despidió de Zirân. Lo esperaba en la cocina y le había preparado un bolso con una hogaza de pan, higos y pescado en salazón. Abrazó a su hijo con fuerza, quien lloró como un niño (lo que era hasta hacía poco) en el regazo de su madre. Le besó el rostro y le dijo:

-Ve a Emerië. Ahí tienes un tío al que aún no conoces. Te permitirá trabajar con él.

En los días que duró su camino, Zirân descubrió el silencio y la soledad, pues fue siempre inseparable de su hermana. Mas ahora pasaba largas horas a solas con sus pensamientos, y al principio le resultaba insoportable, pues un dolor y una furia lo consumían y le impedían el sueño cuando se recostaba bajo las estrellas o entre las raíces de los mallorn.

Ahora bien, el destino lo condujo precisamente al silencio y a la contemplación, pues ciertamente su tío lejano le dio cobijo en honor a la sangre compartida y lo puso a trabajar cuidando ovejas en las extensas praderas de Mittalmar.

Así pasaron los años y los gemelos alcanzaron, sin verse, la edad adulta, el pleno vigor de las facultades en el que los númenóreanos se mantienen durante siglos. Y para entonces sus vidas eran ya totalmente distintas.

Dâira siguió saliendo al mar con su padre y los Navegantes, y rápido se destacó por sus capacidades y su osadía, y de los barcos mercantes pasó a los barcos de guerra, si bien las fronteras entre ambas flotas no eran claras. Para orgullo supremo de Padre, se convirtió en digna soldado del Rey.

Zirân por su parte anduvo el camino de la paz, lejos de las aspiraciones de gloria y aventura, en el remanso honrado y anónimo de la vida cotidiana y las labores del campo. Aprendió de su tío y crió su propio rebaño. Usaba el hierro, sí, pues con el hacha hacía leña y con el cuchillo degollaba el cordero, regando la tierra de sangre, pero ambas acciones eran con afán de perpetuar la vida. Su única afición en común con el resto de habitantes de la isla era practicar la puntería. Siempre salía con su arco y su carcaj, disparando contra troncos lejanos para mejorar su vista o cazando algún venado o incluso aves, pues pronto se mostró como uno de los mejores tiradores de la región y todos alababan su destreza. Pero, más allá de eso, contemplaba el bosque día tras día, y las flores, y la imponente cima del Meneltarma. En la taberna bebía y comentaba los asuntos del pueblo. Enseñaba el oficio a los niños y se sonrojaba con las mujeres cuando le recordaban que tenía ya edad para pensar en casarse.

Un día agradable de sol tibio, en el que las ovejas pastaban plácidamente y los perros, sin mucho que hacer, disfrutaban la siesta, Zirân se aventuró a dejar un rato a solas a sus animales. Estaban cerca de la base del Meneltarma y, aunque la montaña era sagrada, a veces subían apenas unos metros de ladera para tomar algo de altura y disfrutar las vistas. Encontró entonces a un hombre cuyo aspecto, como el de casi todos en la isla, aparentaba la misma edad que él, pero cuya aura le dio a entender a Zirân que era mucho más mayor. O, al menos, más sabio, pues tenía la mirada de quien mucho ha visto y mucho comprende.

Sentado en una roca, contemplaba los lejanos bosques del norte. Cuando vio al joven sonrió como quien ve una tierna criatura y lo invitó a sentarse. Hablaron un rato. Zirân le contó que era pastor y el hombre se alegró de escucharlo. En un momento señaló el bosque que estaba observando, donde algunas copas se movían violentamente.

-¿Sabes qué es eso? -dijo.

-La tala.

-Eso es. La tala implacable para la absurda flota de Pharazôn.

A Zirân le sorprendió escuchar hablar así del rey tan abiertamente a un desconocido, pero el hombre siguió su conversación:

-Conozco perfectamente ese bosque y sus líquenes, sus panales, sus roedores, sus búhos. ¿Y sabes para qué lo arrasan? -su rostro se ensombreció-. Para someter a quienes un día nos recibieron con devoción, como a Dioses. Lo demás son excusas.

Y, tras un nuevo silencio, murmuró:

-Hubo un tiempo en que se amaba y respetaba la creación de Eru.

Y Zirân rió, pues pese al odio a su padre aún conservaba muchas de sus enseñanzas.

-Eru no creó más que dolor y muerte para nosotros, y los Valar y los Eldar nos humillan cada día con su existencia.

El hombre bufó.

-Dulce parece la inmortalidad, mas con el tiempo los elfos envidiarán la suerte de los hombres, si no lo hacen ya.

Y solemnemente miró a Zirân.

-Eru sacó esta tierra del mar y nos la dio. Creó todo lo que es bello, y la risa y tus animales. Todos los tonos del verde que ven tus ojos. Y si la soberbia de nuestra raza no es capaz de entender eso, te aseguro que puede volver a sumergirnos en los abismos.

No hablaron más, y Zirân se retiró a cuidar el ganado. Pero algo hizo mella en él, y al día siguiente volvió a la misma zona, hasta entablar amistad con el hombre solitario, un ermitaño de nombre Batân que vivía en una pobre cabaña escondida a los pies de la montaña.

Un día, el ermitaño le dijo a Zirân:

-Deja a tus ovejas un tiempo a buen cuidado. Vamos a hacer un pequeño viaje.

Zirân no preguntó a dónde iban, pero confió. Unos días después partieron a pie hacia el noroeste. Para sorpresa de Zirân, a unas pocas millas de camino, en una aldea cercana, se les sumó una joven de pelo cobrizo con un trenzado más práctico que ornamental, de nombre Minal. El ermitaño los presentó sin dar más explicaciones, y continuaron la marcha. El resto del viaje Zirân se mantuvo cohibido, tímido ante la mujer que a ratos hablaba dicharachamente y a ratos contemplaba el paisaje con aire pensativo.

Emprendieron el camino de Andúnië, pero justo antes de llegar a la villa doblaron a la derecha, hacia el norte, y llegaron a unos riscos sobre el mar.

-Ya están llegando -dijo Batân.

En efecto, se veían pequeños grupos de personas arribando al mismo punto, del que salía un escarpado sendero que partía bajo el acantilado hasta una bahía oculta. Ahí, entre las rocas y la arena y el chapoteo de las innumerables aves acuáticas, típicas de las costas de Númenor, esperaron.

Al fin vieron acercarse una nave como Zirân nunca había visto, no mayor que los inmensos navíos númenóreanos, pero sin duda más noble y majestuosa. Llegaba suave a la costa guiada por los vientos de Manwë, y la madera brillaba sin barniz y era suave y ondulada, y motivos con forma de hojas y cisnes decoraban el casco. La gente se abrazó feliz y Zirân se llevó las manos a la boca en un gesto de asombro infantil pues, aunque nació en Eldalondë, nunca pensó que llegaría a ver elfos.

Era una nave de los Eldar que venía de Valinor, como en los tiempos antiguos. Un último viaje, clandestino, esquivando los ojos del Rey. Y los Fieles congregados fueron invitados a subir a las naves y a compartir la velada. A la cabeza de los hombres iban tres figuras de aire noble y solemne.

-Es Anandil -susurró Batân a Zirân y a la muchacha-, el único en la corte del Rey que mantiene los viejos valores. Lo acompañan su hijo Elendil y el hijo de éste, Isildur.

La noche fue inolvidable. Conversaron hasta la madrugada con seres de una antigüedad asombrosa, sabios y a la vez alegres como niños. Anandil y los suyos entraron en un camarote, y mantuvieron conversaciones privadas. Batân entró con ellos.

Un Eldar habló con un pequeño grupo en el que estaba Zirân. Su tono era afable, lejos de la altivez que a veces se atribuía a los elfos.

-Yo estuve entre los Primeros Nacidos -dijo, y a muchos les recorrió un escalofrío en la espalda-. Acostumbré mis ojos a la oscuridad y crucé el mar con los míos en la larga noche. Vi los

Árboles, Telperion y Laurelin, y fue la más bella visión que podía tenerse... y vi cómo Melkor los destruyó.

Entonces hizo una pausa y miró a su público con ojos severos, aunque más cargados de angustia que de reproche, y continuó:

-Si algo da la inmortalidad es el don de la perspectiva. He visto crearse el sol y hundirse un mundo. He visto innumerables guerras y muerte, y un sufrimiento que no alcanza a entenderse escuchando las viejas historias. Ya la soberbia y la avaricia pudieron con nosotros. Ya nos matamos entre hermanos y prendimos fuego a nuestras bellas ciudades. Ya conocimos a Melkor y todas las formas que adquiere su maldad, e innumerables veces perdimos ante él, hasta una victoria de alto coste. Ahora, con todo lo aprendido, agradecemos los dones de la existencia y contemplamos con asombro y amor las cosas que crecen. Pero la raza de los Hombres, cuyas generaciones se renuevan continuamente, parece condenada a repetir los mismos errores. Por eso durante siglos tratamos de tener contacto con la isla, transmitir el saber acumulado. Y es doloroso ver cómo un pueblo tan noble como éste se apartó bruscamente del camino. Observamos Númenor con preocupación: no hay nada más peligroso que una muchedumbre cegada por la estupidez y el odio.

Por azar del destino, el mismo día en que Zirân fue testigo de la última visita de los elfos, Dâira tuvo otro encuentro que cambiaría su vida. Lejos, muy lejos del hogar, ante los negros muros de Barad-dûr, junto a los miles de soldados de las huestes de Ar-Pharazôn, pudo ver con sus propios ojos la figura de Sauron, personificación de un Mal ancestral, de un terror profundo, y grande fue la conmoción y la sensación de victoria cuando lo vieron rendirse, entregarse, subir como prisionero a uno de los barcos que ellos habían construido. Embriagados de honor, los nûmenóreanos se sintieron invencibles, con derecho a todo, superiores no solo a los otros pueblos humanos, sino superiores también a los Valar, a los poderes arcaicos de la creación del mundo, que para ellos ya nada significaban. Ese día fue, sin duda, el principio del fin de su civilización.

La noticia de la llegada de Sauron causó un gran desconcierto entre los habitantes de la isla; mayor aún al ver la velocidad con la que se hizo consejero del Rey.

Los Fieles vaticinaban tiempos oscuros, pero eran ignorados y, de momento, la caída era lenta, con toda la población viviendo una ficción de normalidad.

Pese a la incertidumbre, Minal empezó a visitar a Zirân mientras acompañaba a las ovejas. Caminaban por los prados, disfrutando el suave sol o cubiertos con pieles bajo la lluvia, con olor a ganado y arbustos de monte, atravesando zarzas o cruzando arroyos por viejos puentes de piedra, y

reían y hablaban de los que les inquietaba. O pasaban largas horas en silencio, disfrutando de la presencia del otro.

La boda fue humilde pero feliz. Zirân invitó a su familia. Cada tanto veía en secreto a su madre y le hizo llegar una invitación formal, pues Minal le animó a iniciar un camino de reconciliación. Padre no acudió. Ellas sí, y años después de aquella nefasta cena, Zirân y Dâira se reencontraron, y la gente que no los había visto juntos se asombró del parecido. Los gemelos se abrazaron con distancia, con un anhelo reprimido durante décadas, pero con rigidez y extrañeza, contemplando el atuendo de dos vidas opuestas: ella con ropa militar de gala, él con motivos de colores tejidos sobre la lana. Dâira permaneció sola en la boda, mirando con preocupación a los invitados de su hermano, especialmente a Batân pues, aunque aún no había empezado abiertamente la persecución a los Fieles, la tensión era notable.

Pero los novios crearon alegría y fuero la risa lo que prevaleció, entre jarras de cerveza y zumos de varias frutas para los niños, y cordero asado y las mejores verduras de la región. Zirân hizo exhibición de sus habilidades con el arco y otros amigos de la aldea se animaron a retarle en puntería, para disfrute general y pese a los notables efectos del alcohol. Y fue una velada que todos recordaron siempre.

La despedida entre los gemelos fue tan agridulce como el reencuentro. Se desearon suerte en la vida.

-Eres un gran arquero -dijo Dâira-. Padre estaría orgulloso.

Era un cumplido, pero Zirân no respondió.

-Ten cuidado -dijo ella.

-¿Con qué?

-Con tus amistades.

Zirân se sorprendió.

-¿Es una amenaza?

-En absoluto. Sigues siendo de mi sangre: compartimos vientre. Pero me preocupo. Todo el mundo sabe que los Fieles son traidores y el Rey tomará medidas. Es cuestión de tiempo.

Y ciertamente pasó el tiempo, y el culto a la Oscuridad se extendió y la hostilidad a las viejas costumbres fue cada vez mayor. Pero durante unos años eso apenas importó para Zirân y Minal, que había construido un refugio: él con los rebaños y ella con las huertas y los viñedos. Cada noche terminaban la jornada con la camisa manchada de sudor y de flores, y la vida era un milagro de felicidad compartida. Plantaron árboles, algunos por su fruto y otros porque ella amaba los dones de Yavanna y gozaba de verlos crecer y echar raíces.

Mas no crecieron demasiado sin que Zirân se viera envuelto de nuevo en el torrente de la Historia. Una vez al año hacían una pequeña trashumancia hasta Armenelos. Allí se celebraba la feria más importante de la isla, y la pareja acudía con quesos, miel, higos y ciruelas secas, lana y pieles. También vendían algo de caza, pues él era inseparable de su arco y sabía aprovechar las oportunidades. La feria era una de sus principales fuentes de ingreso en el año, y en esos días dejaban el rebaño en las dehesas al este de la ciudad, y dormían a la intemperie con los animales, sobre la carreta.

Entre las calles de losa y las altas casas de piedra, los habitantes de la capital de Númenor vivían en un nuevo delirio cuidadosamente cultivado por Sauron, ajenos a su pasado y a la belleza de la isla que los rodeaba. En los mercados competían los productos del interior con los de las flotas pesqueras de las costas, y los más acaudalados gozaban las especias y riquezas exóticas que traían los barcos del otro lado del mar. Pero los símbolos de culto a Melkor eran visibles por todas partes, y era extraño para Zirân y Minal ver a tanta gente aparentemente normal consagrándose al mal de una manera tan cotidiana.

Fue que una noche estaban ambos abrazados en la carreta, satisfechos pero incómodos, y Zirân no podía conciliar el sueño. Acariciaba el cabello de su mujer y contemplaba el cielo estrellado y su lento movimiento a lo largo de las horas. Con la primera luz del alba, nervioso por la noche en vela, decidió dar un paseo. Cogió el arco y las flechas, por pura costumbre, y en una media hora llegó a un saliente del que bajaba una ladera a los pies de la cual pasaba un camino. Entonces oyó claramente un ruido que se acercaba. Varios pies corrían y reconoció el entrechocar de algunas armas y gritos de esfuerzo. Sin duda había una batalla. Se escondió detrás de un mallorn y preparó una flecha en su arco por lo que pudiera pasar. Unos minutos después, en un recodo del camino bajo él, vio aparecer a un hombre que corría con la espada desenvainada y una capa oscura. Tras él venían en persecución soldados de Armenelos. Lo superaban en número y cerca estaban de darle caza. A pesar de la distancia, del tiempo transcurrido y de las ropas discretas, reconoció el rostro del hombre que huía, y sus años de experiencia con el arco hicieron lo demás. Rápidamente, con movimientos suaves realizados sin pensar, por puro instinto, disparó una flecha tras otra y todos los perseguidores cayeron. No hizo falta más que una flecha por soldado, pues todas acertaron en los pocos huecos de carne que muestran las armaduras, bajo el yelmo o junto a los ojos. El hombre se detuvo, fatigado y confuso por su repentina suerte. Zirân salió de su escondite tras el árbol y le silbó desde arriba, invitándole a subir. El hombre trepó con dificultad, pues estaba fatigado y tenía contusiones por la escaramuza.

-Acompañadme -dijo Zirân-. Mi mujer me espera cerca de aquí. Somos pastores trashumantes y tenemos desayuno y víveres para que sigáis vuestro camino, si es a Rómenna a donde pretendéis llegar.

El hombre se sorprendió, pero miró a Zirân con desconfianza.

-¿Por qué ayudaríais a un prófugo? Agradezco la ayuda, pero no es mi intención juntarme con bandidos.

Zirân rió.

-Temo que a este paso todos seamos bandidos a ojos del Rey. Mas no temáis, mi Señor Isildur, descendiente de Anandil, si es que ése es vuestro nombre y mi memoria sigue siendo tan nítida como siempre.

El hombre se mostró realmente asombrado.

-Es azar -dijo Zirân-. Aunque no lo sepáis estuvimos juntos hace unos años en una bahía cerca de Andúnië, en un barco con los Eldar, y ahí os vi subir con vuestro padre y abuelo. Fui invitado por Batân, quien me enseñó vuestro nombre.

-No es azar -contestó Isildur al fin-. Si el destino ha puesto a alguien como tú en mi camino, sin duda es prueba de que mi cometido es justo. Estaba a punto de ser alcanzado y no sé si habría llegado a Rómenna sin tu inesperada ayuda. Acepto el desayuno que me ofreces, mientras pienso otra ruta menos peligrosa.

Almorzaron con Minal, que vio asombrada cómo Zirân volvía acompañado. Isildur, en un momento, les confió su misión. Llevaba un saquito cruzado en el pecho, atado cuidadosamente. Sacó de él un fruto hermoso y blanco como la leche, y la mujer, sin haberlo visto nunca, supo lo que era:

-Es un fruto de Nimroth.

-Así es -dijo Isildur, y volvió a guardarla-. He rescatado una semilla, porque sabemos que Pharazôn va a matar el árbol.

-¡No se atreverá! -exclamó Minal.

-Claro que sí, porque ha perdido todo juicio y bajo la influencia de Sauron no respeta ningún límite.

Y estas palabras impactaron profundamente en la pareja, porque recordaron que su refugio de amor era frágil y que su felicidad no había impedido el avance de los acontecimientos. Isildur se despidió con gratitud, no sin antes preguntarles dónde vivían, y ellos terminaron los días de feria con el corazón encogido.

El árbol, tal como predijo Isildur, se taló y alimentó las hogueras de un templo infame, un edificio construido sobre sangre en honor a Melkor. Y en ese putrefacto altar terminaron su vida muchos Fieles, arrancados de sus hogares por la fuerza y ofrecidos en sacrificio a la Oscuridad.

Tiempo después, un día cualquiera, la tranquila cotidianidad de Zirân y Minal fue interrumpida tres veces, por tres visitas distintas pero relacionadas.

Por la mañana vieron llegar un jinete al galope. Reconocieron en él a un viejo amigo y se asustaron por la prisa que traía, pues conocían su carácter tranquilo. Espantado, les contó que un grupo de soldados había entrado en la cabaña de Batân y se lo habían llevado acusado de traición a la Casa de Elros. Zirân lloró desconsoladamente, pues amaba al viejo ermitaño, y aunque su mujer se mantuvo firme el dolor se le reflejó en el rostro y los surcos de la frente. El mensajero almorzó con ellos antes de irse, y juntos maldijeron el templo y la suerte de Númenor.

Por la tarde llegó otro jinete, esta vez con armadura y las insignias del Rey, Temerosos, pensaron que venían a por ellos, y Zirân salió a la puerta con el arco, apuntando al jinete. Una voz femenina rió.

-¿Dispararás sobre tu propio rostro, hermano?

-¿Quéquieres?

El tono de él fue cortante, y Dâira se sorprendió de la hostilidad de su hermano, pues no sabía lo que había sucedido y no era consciente del rechazo que generaba su atuendo militar. Se apeó del caballo y, al ver que no era invitada a pasar, se sintió dolida. Ella no albergaba rencor hacia su hermano, más bien culpa por no haberse atrevido a dar la cara por él. Se sentía responsable de verlo en esa pobre casa de labrador, deshonrado, y una profunda vergüenza le impedía retomar el contacto con él. Pero esta noticia tenía que compartirla.

-Hermano -dijo, apeándose del caballo, sacándose el yelmo y permaneciendo a una distancia prudential-. ¿Recuerdas el viaje a la Tierra Media cuando éramos niños apenas?

-Cómo olvidarlo.

-¿Y recuerdas cómo navegamos al oeste, hasta el límite permitido, y Ppadre nos habló de la vida eterna que se nos había arrebatado?

-¿A qué has venido? - insistió Zirân.

-Me voy a Valinor.

-No creo que hayas venido hasta aquí para hacer bromas.

-No son bromas -y alzó el tono-. El Rey ha preparado la mayor de todas las flotas. Vamos a pisar las Tierras Imperecederas y a acabar con el despótico reinado de los Valar. ¡Hermano! Es el

gran momento de mi vida, tenía que compartirlo contigo. ¡Sonríe! Pues vendrán los días sin fin y no veremos morir a los nuestros.

Él no supo qué contestar. Del umbral de la cabaña salió Minal dando gritos:

-¡Estáis locos! ¡Completamente locos! Pensáis que hacéis un bien, pero el único bien es para vuestro orgullo y ambición. Sólo conseguiréis llevarnos al abismo y acortar los años de todos.

Dâira se sintió cada vez más dolida por la reacción, pero antes de poder responder, vio a su hermano alzar de nuevo el arco contra ella.

-Vete, Dâira, te lo pido. Haz lo que tengas que hacer, pero no irrumpas con tu locura en la vida que he construido -y repitió unas palabras que le marcaron años atrás-. No hay nada más peligroso que una muchedumbre cegada por la estupidez y el odio.

La soldado subió de nuevo a su caballo, enfurecida, y se fue al paso, sin prisa, demostrando que no huía de nadie. Tras ella la pareja se abrazó, desolada

Por la noche llegaron más jinetes, esta vez en un pequeño grupo, con capas y capuchas ocultando el rostro. Una voz, esta vez grave, llamó desde el otro lado de la puerta cerrada.

-¿Es aquí dónde vive el más valiente pastor de Númenor, que un día salvó mi vida?

Zirân abrió con premura e invitó a pasar a Isildur y su escolta, que viajaban tratando de pasar desaparecidos. Minal quiso ofrecer una humilde cena, pero Isildur dijo:

-Indigno sería si pretendiera que, además de salvarme la vida, tuvierais dos veces que alimentarme teniendo yo recursos de sobra.

Y uno de sus hombres rebuscó en su alforja y pusieron en la mesa de Zirân y Minal manjares de reyes. Cenaron y conversaron, con la pareja asombrada por la visita, y entonces Isildur habló de nuevo:

-Pharazôn se propone ir a Valinor, y su locura va a desatar la furia de Eru. No es seguro quedarse. Vamos a zarpar con un grupo de Fieles a la Tierra Media, para salvar la vida y empezar de nuevo, para que no caiga en desgracia para siempre nuestra raza. Os ofrezco un sitio en esos barcos. Y para Batân, si sabéis de él, ya que no lo hemos encontrado en su cabaña.

-Se lo han llevado, como a tantos otros, a alimentar la sed de Melkor.

-Aciagos tiempos vivimos, sin duda -y contempló el fuego del hogar sin mediar palabra,

Durante toda la noche, en el lecho, Zirân y Minal se abrazaron y conversaron y lloraron. A la mañana siguiente, se dirigieron a Isildur en estos términos, y fue ella la que habló:

-Mi Señor Isildur, agradecemos profundamente el ofrecimiento y la molestia de haber viajado hasta aquí. Significa mucho para nosotros. Pero vamos a quedarnos. No podemos abandonar a los animales ni a los viñedos, ni las colmenas, ni las higueras. Sería cobarde huir y dejar morir

todo lo que un día nos fue caro. Somos parte de esta tierra, y si los huertos y las ovejas han hundirse bajo las aguas o perecer en el fuego, nosotros loharemos con ellos.

Isildur se dirigió a sus hombres:

-¿Habéis escuchado? Ése es el verdadero valor de los Dúnedain -y tendiendo la mano a sus anfitriones, se despidió-. Que el final sea dulce, y que encontréis más allá algo por lo que merezca la pena el sacrificio.

Y zarparon barcos clandestinos al este y una gran flota al oeste, y en las calles de Armenelos celebraban la victoria por venir, y en las costas de la Tierra Media desembarcaban grupos de exiliados con un dolor en el alma y la añoranza por un hogar al que jamás retornarían.

Y Zirân y Minal mantenían su rutina, con la tristeza de llegar al final de una vida que imaginaron más larga y distinta, pero con agradecimiento por el tiempo compartido y por todo lo construido. Y ella sembraba, aunque supiera que no habría temporada de cosecha, porque era lo que tenía que hacerse.

Y Dâira jaleó con sus compañeros cuando vieron las Tierras Imperecederas en el horizonte, pese al temporal y las águilas, porque en el fervor del fanático estaba convencida de que su causa era la justa y la victoria inevitable.

Y la furia de Eru se desató. La tierra bajo el mar se abrió y las aguas se tragaron la isla, y los barcos se hundieron.

Y Zirân vio cumplido su peor temor, morir ahogado en las profundidades, pero cayó en paz, sin soltar la mano de Minal, inundado de amor. Y Dâira cayó aterrada, sin soltar la espada, inundada de odio.

Y los gemelos de Númenor, que llegaron al mundo a la vez, murieron en el mismo momento, aunque a nadie entre el ruido y la furia pudiera importarle.